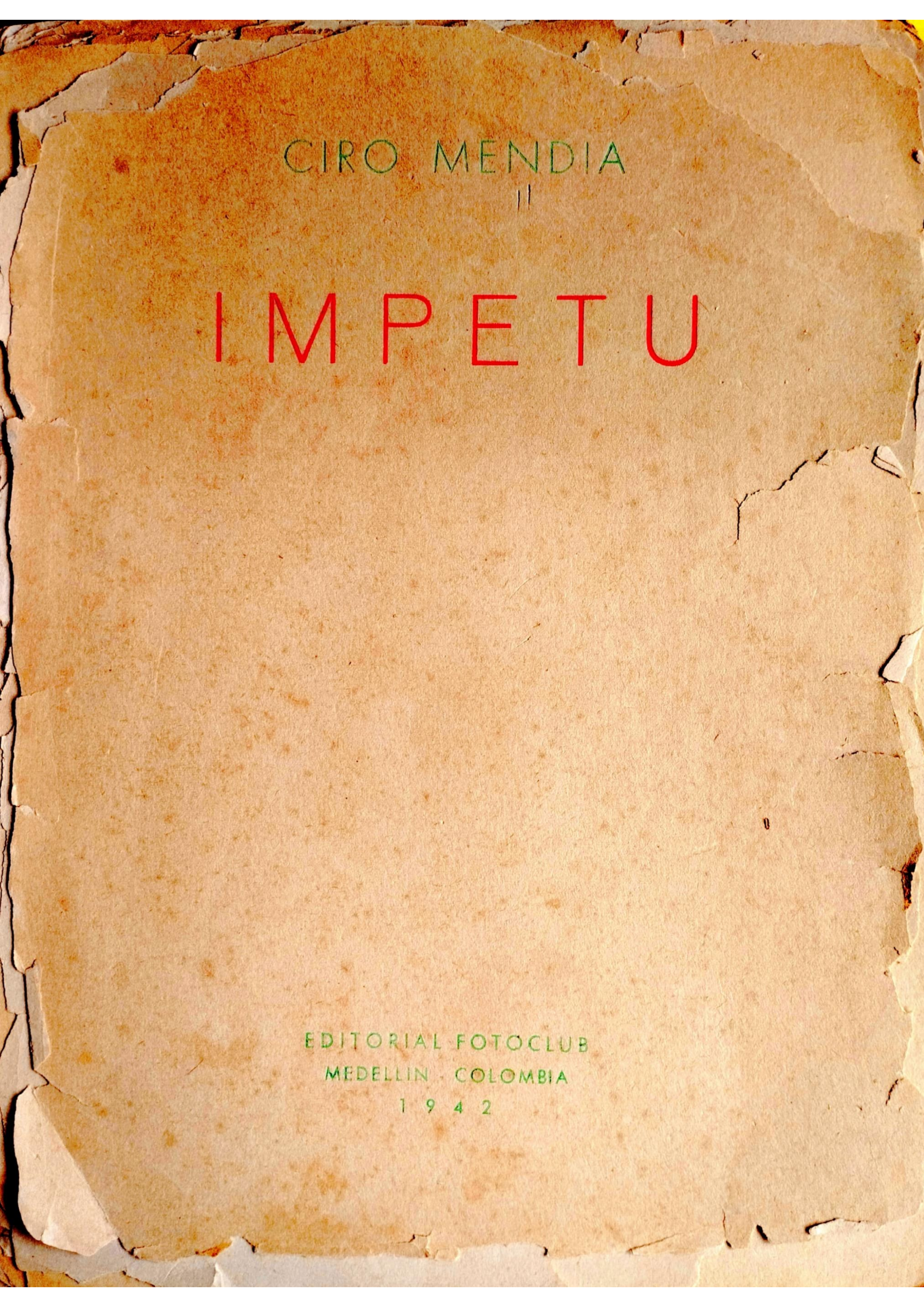


CIRO MENDIA

IMPETU

EDITORIAL FOTOCLUB
MEDELLIN - COLOMBIA
1 9 4 2

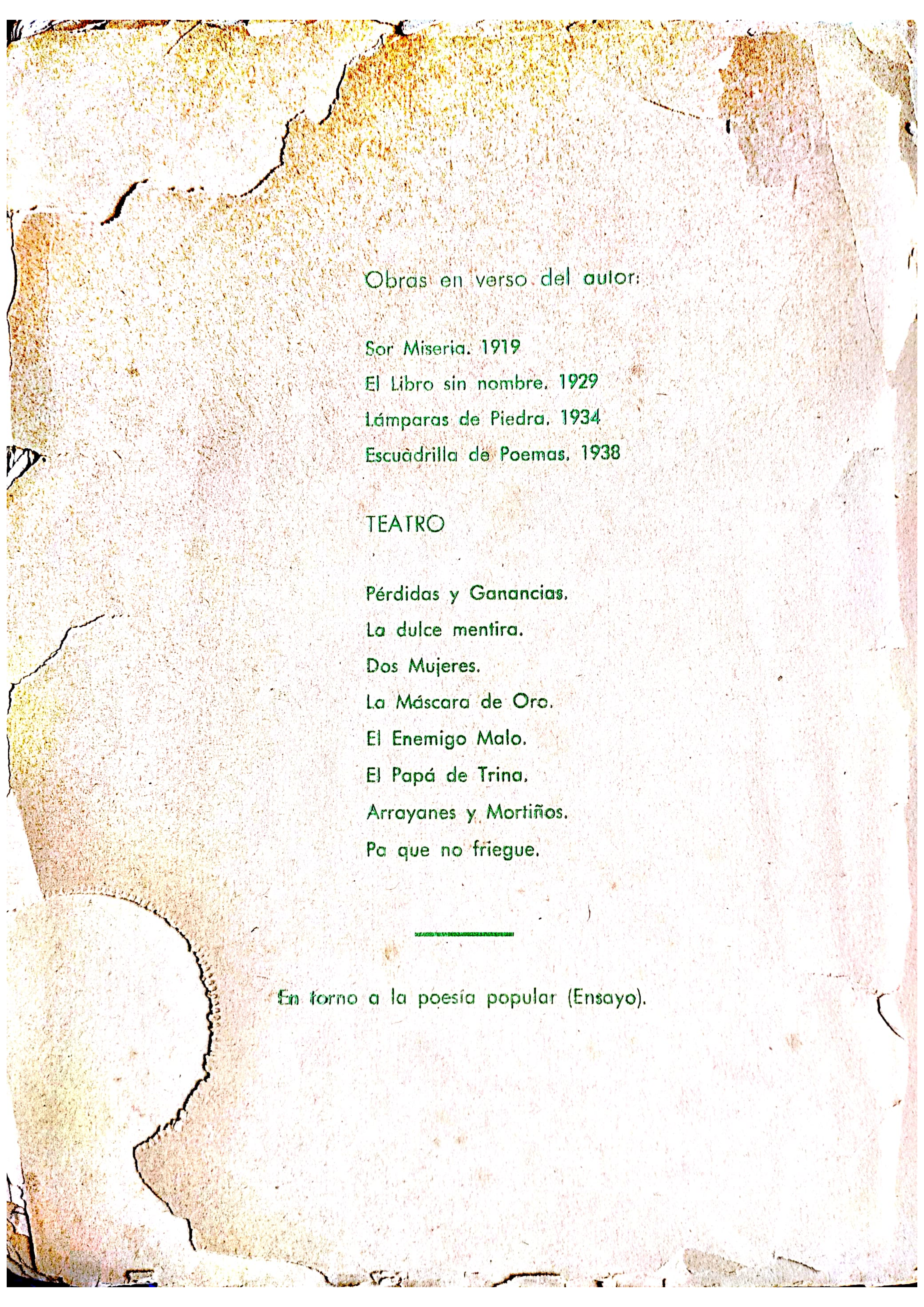
IMPETU

Para el Dr. Luis López
de Mesa.

De su affmo. amigo

Ciro Mendía

CIRO MENDIA
Carrera Bolívar No. 51-65
Edificio Córdoba
Medellín-Colombia



Obras en verso del autor:

Sor Miseria. 1919

El Libro sin nombre. 1929

Lámparas de Piedra. 1934

Escuadrilla de Poemas. 1938

TEATRO

Pérdidas y Ganancias.

La dulce mentira.

Dos Mujeres.

La Máscara de Oro.

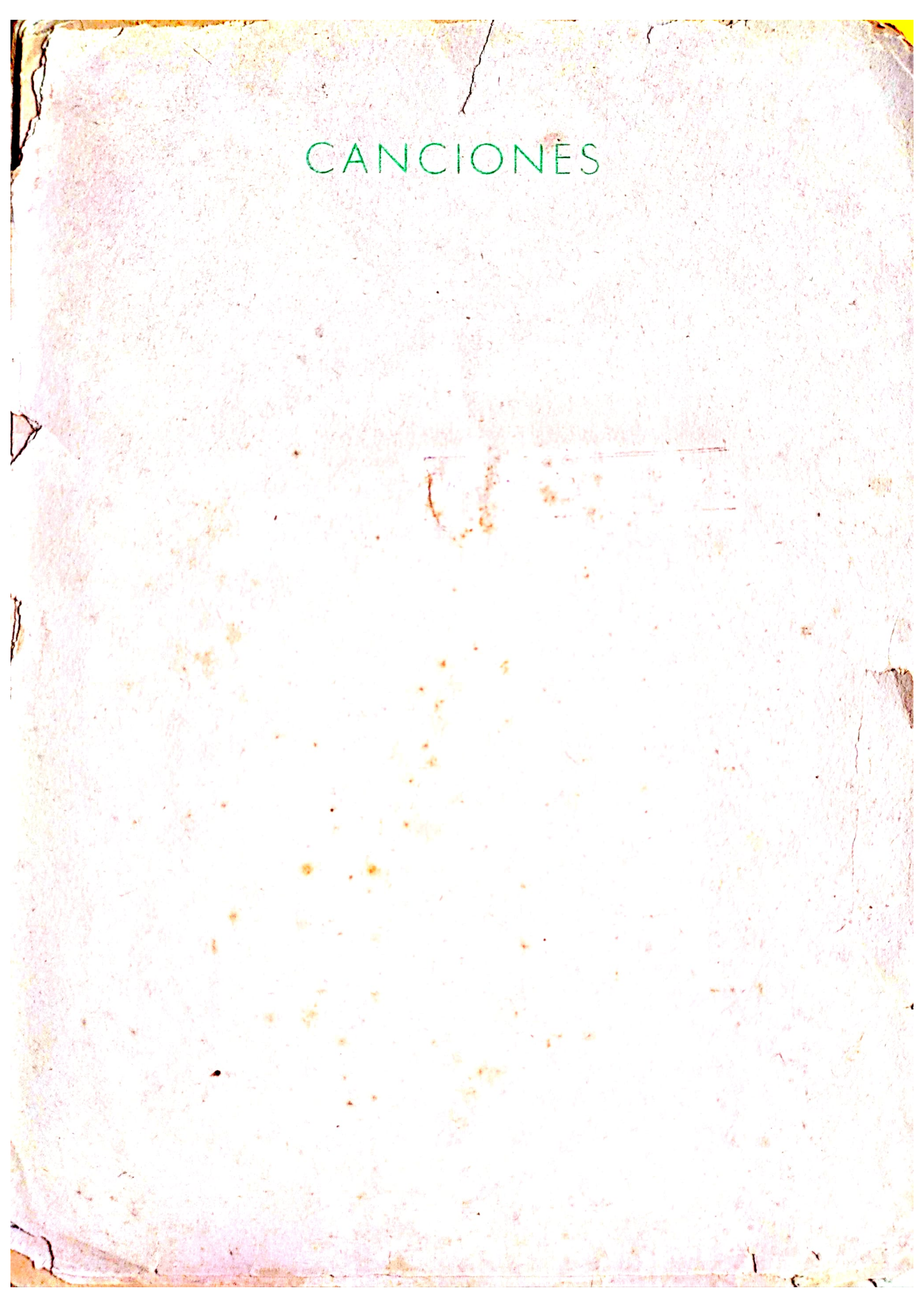
El Enemigo Malo.

El Papá de Trina.

Arrayanes y Mortiños.

Pa que no friegue.

En torno a la poesía popular (Ensayo).


CANCIONES

1

CON la sombra sangrando y de rodillas,
oyéndote, apagados los motores,
aquí te espero.

En medio de cenizas y alaridos,
con mi desesperación, varada el alma,
aquí te espero.

Solo y sin sol, mi sol, mi quemadura,
solo y sin pan, mi pan y mi exterminio,
aquí te espero.

Sin brújula, piloto destrozado,
rojas las manos y la voz sangrienta,
aquí te espero.

En esta selva de pasión, herido,
sin dios ni diablo y anormal y triste,
aquí te espero.

Mi S. O. S. sin parar te envío,
¡oh, mi antena de olor, campana mía!
aquí te espero.

2

EMOCIONANDO el día
se oye un avión — trasgo del cielo —
y como un arpa de oro
timbra el azul de la mañana.

Al pie de la colina,
tal una espada, el río,
sus victorias arrastra.

Cual si huyera espantado,
del valle a la montaña,

corre la sombra pávida
del avión, como un perro
fantasma.

Valle, río y un libro,
avión, amor, montaña,
— naturaleza muerta —
— completamente muerta —
y huele a gasolina la mañana.

3

LA rosa de la noche
venía lentamente
hacia el florero de tu arquitectura.
En las praderas de tus manos
mi corazón dormía.

Del silencio argonauta
yo detuve en tus ojos
la nave de mi canto.
Metafísicas, cósmicas,

brillaban las palabras
en su vuelo de oro.
El momento pedía
música a las estrellas.

La rosa de la noche
llegó a tu vaso blanco
con sus voces obscuras.

Y doliéndose, tierna,
del callado argonauta,
su voz subió a tu beso con la angustia
de una ola en la tierra.

4

HOY he sacado a pasear mi alma.
La llevé de la mano al bosque plácido.
En el columpio — silla voladora —
el viento la pintó de verde nuevo
y el carrusel me la llenó de ruidos.
Luégo andar la dejé, sola, en los prados.

Tras una mariposa — hoja con alas —
la vi correr, reir. Cayó una hoja
— mariposas sin alas — y, gritando,

fue hasta el lago dormido en su esmeralda.
Su sombra de jacinto en cruz, el lago
copió como genial miniaturista.

Bajé al fondo del agua y en mi mano
tomé la sombra en flor. Y allá en la orilla,
dejé el alma extasiada, contemplando
bajo las verdes arpas vegetales,
un racimo de niños sobre un asno.

5

Es como un muro de silencio
este amor nuestro. Todo
está lleno de jamases y de nuncas.

A otro amor como éste
no se vio más urdimbres
de ramas imposibles.

Tú, de acero, me llamas
a romper tu firmeza.
Otro recuerdo pone.

el muro de silencio.
Yo, sin miedo, contemplo
rotas mis baterías
ante tu beso fuerte.

Pero me queda el sueño
de que talvez mañana
tu corazón deshoje
sus rosas en mis manos.

6

CUANDO de la montaña
vuelo hacia el mar sonoro,
mi corazón florece.

Cuando dejo la tierra
y las nubes conquisto,
mi corazón florece.

Cuando en el mar dinámico
juego a las olas anchas,
mi corazón florece.

Cuando tras muchas lunas
de no verte, te veo,
mi corazón florece.

Cuando mi pensamiento
se arrastra y va a tus plantas,
mi corazón florece.
¡Va a florecer mi corazón!

7

EL corazón como un alfiletero
y el alma un campo de batalla.
Acá el amor y allá el dinero
en sangrienta metralla.

El amigo enemigo,
y la amada enemiga:
el veneno en el trigo
y el puñal en la espiga.
Corto el placer y larga la agonía

y en la agonía el beso.
En la epidermis la alegría
y la pena hasta el hueso.

En el alma y el cráneo
la sed de oro mancharnos cuida....
y un dolor subterráneo
socavando la vida.

¡Y a esto lo llaman vida!

8

ALLA viene! Allá viene!
La cara blanca y el vestido negro.
Allá viene! Allá viene!
con la armada invencible de su cuerpo.

Allá viene! Allá viene!
De sus labios el fuego
quema el aire y colora de la vía
la cinta de cemento.



Allá viene! Allá viene!
La cara blanca y el vestido negro.
Bordando con su paso mariposas
sobre la alfombra de mí pensamiento.

Allá viene! Allá viene!
En el carro del viento
por dos magnolias de pasión tirado
entre rumores sédeos.

Allá viene! Allá viene!
La cara blanca y el vestido negro.
Allá viene! Allá viene! Ya no viene!
Se la ha llevado el viento.

9

SALI en la tarde nómada
con Osiva a la playa.
Un gran mitin de olas
pidió que al mar entrara.

Como una risa muerta
cayó a sus pies su bata.
Sus verdes senos mínimos,
clavó en las verdes aguas.

Desde mi torre de agua
venir te veo, Osiva,
con la risa en las manos
y mi luto en tu risa.

La escalera de espumas
es digna de tus plantas.
Huélle la espuma espumas,
y la espuma sea llama.

10



ROJA como el adiós de los pilotos
hoy, a la aurora, me cambié de alma.
Yo estaba en mi retiro, gastando vida y sombra,
cuando escuché aquel grito, estupendo, sublime,
del vendedor de almas:
— Almas nuevas, a precios increíbles,
almas estilizadas.
¡El grito de la moda!
¡Almas, almas!

Le dí un cobre por una
y me boté a la calle
con mi alma lustrosa,
y limpia y aplanchada,
roja como el adiós de los pilotos.
A mi paso las gentes
decían: El poeta
está estrenando alma.
La lucí todo el día
al lado de la Amada:
los botones de risas
brillaban en sus ojos.
Pero al llegar a casa
en la noche vencida,
ya era un harapo el alma.

En buscar aquel hombre
rompí ojos y lámparas;
supe al fin que en la vía
hallaron roto, muerto,
al vendedor de almas.

11

LUNANDO su perla el cielo,
la perla rima su trote.
Silencio, calma, silencio,
que está pariendo la noche.

Por la piel negra del sueño
un escalofrío corre.
El éter le pone el éter:
está pariendo la noche.

Ni pájaros ni campanas
aquel éxtasis desfloren.
Callen estrellas y rosas,
que está pariendo la noche.

Angeles de viento tejen
escarpines y overoles.
Pisad con pies de fantasma,
que está pariendo la noche.

Con júbilos de arboledas
y planetarios acordes,
cayó la fruta del día,
y ya es parida la noche.

12

Es Osiva, es Osiva!
gritó la sangre ebria.
La cósmica alegría
muequeó en las estrellas.

Tras de la sombra errátil
llegué al puente en tinieblas.
La sombra entró en la sombra,
molía el río estrellas.

Flotó un perfume roto
en la noche de piedra.
Cielo líquido — el río —
tragaba el puente estrellas.

A un pedestal de sombras
me subió la inconsciencia.
Fuí la estatua del vicio
sobre ruinas de estrellas.

13

BRISAS de corazones
y euforias de sangre,
hasta el balcón me envía
el jardín embriagante.

Abejas en picada,
suicidándose, caen
sobre el rojo objetivo
de bélicos rosales.

Vendedora de flores
la campesina tarde,
gritando está desnuda:
—¡Tulipanes, tulipanes!

14

ERA aquel amor nuestro
la fortaleza aérea
que tú piloteabas.
A imposibles alturas
subieron nuestras alas
rojas de besos múltiples.

Vientos contrarios, rayos,
desgajaron la nave.

Tu belleza en las llamas
quedó martirizada,
fue un fracaso aquel vuelo.

Yo me lancé al abismo
en el paracaídas de tu beso.

15

EN el barrio pobre, niños
como muñecos de cera.
Hembras redondas, de pechos
y cabellos de tinieblas.

Los hijos del proletario
corren a la obscura escuela,
hambrientos y malvestidos,
cual lobeznos a su cueva.

Uno de ellos se detiene
a hacer aguas. Sus vergüenzas
apunta a la luz del día,
como confites de menta.

Y del poeta los hijos
comen bien y rasgan sedas.
Y el poeta es socialista,
¡mal rayo parta al poeta!

16

LA tierra es estrecha para
la negra ambición del hombre.
—Esta tierra es mía, Negro,
corre! —

La casa pajiza cae,
cae el pino, cae el roble.
Oro y oro y oro negro,
¡torres!

Lloran y lloran los valles,
sangran y sangran los montes,
y al fin va a quedar la tierra,
sin flores.

Y el indio muere de frío,
y el negro suda y no come,
y visten de oro los blancos,
¡ladrones!

Y siguen indiferentes
los dioses.

17

MARINERA de mis mares
y de mis besos mielera,
al viento mi blanca nave
te espera.
Vamos al mar, marinera,
que cogí la sombra lacre
de tu beso en la ribera.

Las marinas tempestades
llenar de amor yo quisiera,
capitana de mis males,

de mis fugas compañera,
de mis duras soledades,
artillera.

Las sirenas cuando sales
paren rosas, timonera,
y el viento deja su viaje
por modelarte, viajera.
Vamos al mar, marinera,
que al viento mi blanca nave,
te espera.

18

SUBIO Osiva a la torre
y de la torre se lanzó.
Subió a la torre Aglaida
y llorando bajó.

La sombra de la torre
la playa perfumó.
Estaba yo en la torre?
Sí.... no.... Sí.... no....

Vestamor subió un día,
nadie subir la vio.
También me dejó solo,
¡pero allí se quedó!

De una estrella dormida
la música se oyó.
Subió ella a la torre?
Sí.... no.... Sí.... no....

19

QUE no lo sepa que te quiero toda
tu corazón de yedra.
Que no lo sepa el ojo de tu anillo,
que no lo sepa.

Que no lo sepa el rascacielo triste,
ni el pez bajo la piedra,
que no lo sepa el buho en terracota,
que no lo sepa.

Que no lo sepa la sandalia errante,
ni el avión en barrena.
Que no lo sepa el microscopio lince,
que no lo sepa.

Que no lo sepa que te quiero toda
tu piyama morena.
Que no lo sepa tu perfume nuevo,
que no lo sepa.

Que no lo sepa el lápiz de tus labios
ni tu lámpara eléctrica.
Que no lo sepa la ventana cómplice,
que no lo sepa.

Que no lo sepa tu sumisa espalda,
ni tu mano de arena.
Que no lo sepa tu parido vientre,
que no lo sepa.

20

HOY va a llegar a mí como la ola
a la playa sedienta.
En el aire sus pasos
como flores de música
oigo sonar, y siento
cómo el viento perfuman y sonoran.

En la luz ya me llega como aéreas
caracolas, su voz de fiesta pánica.



Y viento y luz son aves desgarradas
porque el recuerdo traen
de la rosa sin sol de su cabello.

Corazón, tu pandero
de júbilos apresta.
Y a reír, corazón, que hoy a mí llega
como la ola en cánticos
a la playa sedienta.

21

TU cuerpo es la anunciación auténtica
de una fuga de estatuas.
Cuando pasas queda sonando en el ambiente
un ejército de arpas inmortales.

La estructura de tu cuerpo es una y sola.
Al caer su sombra sobre la tierra agradecida
— tal es su fuerza creadora —
es como una bandera victoriosa
o como una espada de fuego.

¡Oh, sol de media noche!
Cuando tú te desnudas sale el sol en tu alcoba.

Entre la leve concha de tu traje
tu cuerpo brilla como una moneda nueva.
Y es como una lámpara que encendió la Belleza
para alumbrar la vida.

Los aviones de púrpura de mis deseos
lanzo al Camino de Santiago
a recoger planetas, para bombardear, lleno de gloria,
la ciudad de tu cuerpo,
elástica,
fantástica,
a fin de que yo pueda verla caer un día
desde sus eléctricas colinas.

22

PASO frente a mis ojos enlutados
por muchos soles de no ver sus ojos.
— Un perfume? Una música? —
pasó como una exhalación de oro.

¡Si pasara otra vez la que pasó!

Toda la melodía de su gracia
captó la fiel antena del deseo.
Sopló un viento de amor y de tragedia
de mi beso a su beso.

¡Si pasara otra vez la que pasó!

La seguía una niña cuyos ojos
eran reminiscencia de los suyos....
Y al negarme su fuego
sólo un temblor sagrado me sostuvo.

¡Pero la niña me miró!

23

CUANDO el puente del beso levantamos
de mi boca a tu boca,
se nutrió de tu beso
la raíz de mi canto,
y escribió el corazón latidos rojos
en la página blanca de tu pecho.

Yo corrí hacia la ausencia,
tú hacia el olvido lívido,
sin sentirte, sin verte.

Pero quedó tu voz en mis oídos
como el mútilo canto
de un ruiseñor ausente.

24

LLENO de azul y verde,
ebrio de inmensidad,
con la belleza a cuestas,
vengo del mar,
vengo del mar.

La movible esmeralda
monté en mi soledad.
Hoy soy un hombre puro,
vengo del mar,
vengo del mar.



Y traigo saturado
mi corazón de yodo y sal.
No me toquéis, lobo de tierra,
vengo del mar,
vengo del mar.

25

SE alzaron los girasoles
— micrófonos amarillos —.
El jardín es el estudio
de una broadcasting de Ensueño.

Se alzaron los girasoles.

Mariposas maquilladas
en vestidos inmorales,
ensayan una revista
dirigida por el viento.



Se alzaron los girasoles.

Se oye la voz de una dalia:
— Ahora por cortesía
de la mañana sin hojas,
el ruiseñor al micrófono.

Se alzaron los girasoles.

26

PASTOR de panoramas y de estrellas,
yo buscaba tu voz.
Quién arrancarte pudo de otros brazos?
Yo.

Domadora de besos imposibles
mi vida hiciste azul.
Quién me trajo a la vida del Ensueño?
Tú.

El triángulo de barro quedó roto,
vino el dolor después.
Cúyas fueron las víctimas del triángulo?
Yo.
Tú.
El.

27

VIENTO de plumas azules
y de cariciosa lana.
Viento del Norte, viajero,
de espuelas y negra capa.

Viento, viento! Don Juan viento,
la soledad me acompaña:
la académica lechuza
abrió sus farolas blancas.

Viento, viento! Viento negro,
está de alquiler mi alma:
y ha asordinado ya el río
la espuma de sus sonatas.

Pása conmigo esta noche
y véte a la madrugada,
orquestando las estrellas
de tus espuelas de plata.

Ay, Norte, cuando me muera
— de muerte.... — que no de bala,
haced que envuelvan mi cuerpo
en este viento de lana.

28

LA noche de hierro pesa
sobre el prado, sobre el monte,
y un congreso de mastines
legisla para ladrones.

Noche, noche! Izo mi hastío
del corazón en la torre.
Sobre el yunque del silencio
forjo lagartos de cobre.



Arrastra el viento la arena
enlutada de la noche
y en la arena va una orquesta
de sombras de ruiseñores.

La soledad su plumero
en el alma, suave, pone:
¡me quedé solo en el mundo
con mis lagartos de cobre!

BALADAS

1a. MULATERIA.

2a. LA AMIGA.

3a. VIDA ABAJO.

4a. SANGRE EBRIA.

5a. LA VIAJERA.

6a. ENSAYO SOBRE EL AMOR.

1

Es una nota oscura y grata
que hasta al más fino gusto reta,
junto al hastío del poeta,
la mulata que me maltrata.
Desde sus dientes de rata,
su metálica risa borbota.
Mientras de anís haya una gota,
yo me quedo con la mulata.

Yo estoy pensando que me mata
o que me lanza a otro planeta,
si no cambió su puñaleta
por esa escandalosa bata.
Compre la gente mojigata
hembras de rango y de capota,
que con mi alma simple y rota
yo me quedo con la mulata.

En la pendencia es una gata,
en el río es una sabaleta
y si una rumba ella interpreta,
toda la virtud se desbarata.
Su melena la noche se ata,
la mañana se vino en pelota:
si me fuera sería un idiota,
¡yo me quedo con la mulata!

ENVIO:

Príncipe: gásta tu oro y plata
en ese hembraje de capota,
que aunque de anís no haya una gota,
yo me quedo con la mulata.

2

LA alegre amiga que persigo
se encanta en que yo la siga:
me ha prometido ya la espiga,
pero yo sueño con el trigo.
Yo la castigo y la maldigo
si mala partida me juega...
Y es como un tálamo la vega
cuando la amiga va conmigo.

Mis alabanzas le prodigo
a su pálido cuerpo de amiga,
y alienta siempre mi fatiga
de poeta, de hombre y de amigo.
Yo la castigo y la maldigo
si no se entrega o se me entrega
igual que una oveja ciega,
cuando la amiga va conmigo.

Si no le gusta mi cantiga
a mí sí me importa un higo,
y es como un vaso azul su ombligo
que esta mi sed fatal mitiga.
De sus deseos el auriga
soy el que a los suyos llega:
se ancla mi ánima andariega
cuando la amiga va conmigo.

ENVIO:

Príncipe: abríga con tu abrigo
a tu princesa mi enemiga,
que es tu princesa una mendiga,
cuando la amiga va conmigo.

3

YA se ha apagado el candilejo
de aquel vivir heroico y majo,
corté a la vida el mejor gajo
y ya a su fronda no despejo.
No más soñar ni más trabajo,
dejo mi lanza y mi afán dejo,
opaco y roto el catalejo,
la juventud va vida abajo.

Cuando el amor bravo me atrajo
por él expuse hasta el pellejo,
y el corazón ya estaba viejo
cuando la sangre aquí me trajo.
Seguí tras él por el atajo
embobado por su reflejo,
pero al llamarlo, más lo alejo:
la juventud va vida abajo.

Me alzó la vida su vergajo
y yo a la vida le dí rejo
y le rompí su oscuro espejo
creyendo que era un espantajo.
De su campana el gran badajo
sensual, me dejó perplejo....
vino de amor ya es vino añejo:
la juventud va vida abajo.

ENVIO:

Príncipe: yo la vida alhajo
y su boscaje aún bosquejo:
pero me mata aquel complejo:
la juventud va vida abajo.

4

VAYA al demonio la beoda
gentuza que a mí se enreda,
nunca con ídolos de greda
mi fanatismo se acomoda.
Yo me río del que me enloda
por ser hermético y aeda...
Si no está Leda, venga Agueda
con el whisky fatal y la soda.

Mientras que pueda yo mi oda
orientar a la máxima duda,
que el alma duérmase desnuda
con mis perfidias de rapsoda.
Con estrellas pasadas de moda
mi macho cabrío no se anuda:
nunca a mi lado gente ruda
con el whisky fatal y la soda.

Con mis desplantes se incomoda
la burguesía improvisada.
Os engañáis si abandonada
se ve a lo lejos mi pagoda.
El Gran Huraño se me apoda
porque mi luz llevo apagada.
¡Viva mi sangre alborozada
con el whisky fatal y la soda!

ENVIO:

Príncipe: ya mi carne toda
canta de amor martirizada,
todo el amor no vale nada
con el whisky fatal y la soda.

5

DESCONFIAD de la pasajera
que se presenta así a deshora.
Llámese muerte o segadora,
al cuerno vaya la trapera.
El que sufriera si la viera,
en vano teme, en vano llora,
Nada de ser libertadora,
inofensiva es la viajera.

De ser cumplida desespera
y se las da de gran señora.
Pero no pasa donde mora
de ser humilde mesonera.
La débil hora sólo espera,
allí se larga, allá demora,
los golpes trágicos ignora,
inofensiva es la viajera.

Es casquivana y marrullera,
correvedil y enredadora,
una hembra así no me enamora,
puede llevársela quien quiera.
Dejadla a un lado cual si fuera
esotra golfa embrolladora
que las simplezas empeora,
inofensiva es la viajera.

ENVIO:

Príncipe: el día que yo muera
decid con voz grave y sonora:
Ciro salió.... mas vuelve ahora,
¡inofensiva es la viajera!

6

CON el narcótico se iguala,
con el abismo se nivela,
huele a cadáver y a canela.
es precipicio y es escala.
Aquí atadura y allí ala,
acá se posa y allá vuela,
abrasa hoy, mañana yela,
Vaya! el amor es cosa mala.



Ayer fue firme y hoy resbala,
algunas veces brinca o riela,
y es de la vida aguda espuela,
si al pobre amante lo acorrala.
Mata unas veces como bala,
duele otras veces como muela,
y es un demonio cuando encela:
Vaya! el amor es cosa mala.

De ser fielísimo hace gala,
si está dormido o se desvela,
y que es estela azul su estela
entre sus víctimas propala.
Algunos días es zagala,
es generala o damisela,
pero es lebrela y no gacela:
Vaya! el amor es cosa mala.

ENVIO:

Príncipe: el ave cruel desála
y tus instintos acuartéla,
que yo ya hundí mi carabela.
Vaya! el amor es cosa mala.

POEMAS

MENSAJE

A VLADIMIR MAIAKOVSKY

1

AQUI estoy, camarada Vladimir Maiakovski,
en la América grande
que conoció la araña de tu planta,
contemplando, espantado, la jornada gloriosa
de tu Rusia fecunda,
contra los bárbaros sistemas
que tu verso metálico
indignado escupiera y a la luz condenara.

Aquí estoy, camarada Vladimir Maiakovski, poeta
de fábricas y pueblos,
poeta de la clase atacante,



de aquellos luchadores
que se perfuman con aceite y bencina:
poeta del ejército rojo,
al que orientó tu verso,
al que tu verso fuerte
sirvió de mira y pólvora
para romperle el pecho
al burgués emplumado.

Verdeció la simiente
de tu pluma hecha lanza,
en el surco fecundo de las trincheras.
Artistas de la muerte, tus hermanos,
defienden tu tierra y la tierra de todos,
como unos dioses bravos,
cual si la tierra fuese una mujer querida.

Se desangra tu Rusia, mi Rusia, Maiakovski,
pero en las charcas rojas
las manos se levantan
con los cinco cuchillos de sus dedos.
Contra los pechos claros de madres y de hijas
la culata del rifle
machaca rosas nutricias.

Brigadieras de choque,
pilotas de tractores,
brujas de hilados, dejaron ya la rueda,

la hoz y los martillos,
la aguja y la cocina
y están pulsando la balalaika libertadora
del fusil automático.

¡Qué canciones, querido Maiakovski!

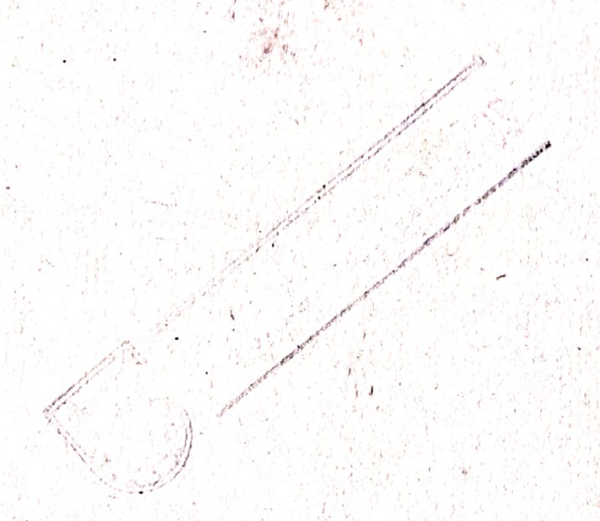
Aquí estoy, camarada Vladimir Maiakovski,
gozando con los frutos de tu verso,
— grúa y taladro, tanque y acorazado, —
oh, poeta-arquitecto de la Rusia de acero,
capitán de las reformas sociales,
lírico de las máquinas, poeta aerodinámico,
pan del obrero enfermo,
fuerza de los caídos.

Y arde la obra colosal de veinte años.
Represas y ciudades
se las lleva el demonio.
Pero queda la torre de púrpura
a donde miran las naciones unidas,
aquella torre sin fin, que levantaron
Lenin y Stalin juntos
y la palanca de tu estrofa.
Queda la torre de la libertad,
tu libertad en la muerte,
mi libertad en la vida,
la digna libertad.

Aquí estoy, camarada Vladimir Maiakovski,
pensando en tí, en tu obra,
en las trincheras florecidas de cadáveres,
en las fábricas destruídas,
en la valiente mujer rusa.
Porque tu santa Rusia está triste, abatida,
como Marx, cuando en Londres
se le murió su hija de hambre,
en tanto que escribía El Capital y no tenía
una moneda para devolverla a la tierra....

Aquí estoy, camarada Vladimir Maiakovski,
oyendo desde América el fuego de los cañones,
el grito de los héroes rojos.
Rojos, rojos, rojos.... como lo está en el cielo
roja, libre y vigilante,
tu "nube en pantalones"....

EL NIÑO OLVIDADO



2

TEMBLO el árbol de carne y sobre la estepa de la sábana
cayó la humana fruta.
¡Un niño, un niño, un niño!
¡Llegó a la tierra un niño!
¡A doblar los hinojos que están tocando a niño!
Exacto fue el prodigio:
una boca, una frente,
veinte dedos de goma,
veinte uñas de escarcha
y dos pies y dos manos.
Con su túnica roja salió a la playa la Alegría.

El sol — mujik de barbas cobrizas — como abuelo
todos los días toca aquella puerta en éxtasis labrada.

Buenos días, Futuro,
Plenitud, buenos días.
¡Un niño, un niño, un niño!
Y las orquídeas vírgenes
y no han parido las estrellas.

Crece el pequeño, crece.
Ya las manos oscilan cual si jugar quisieran
malabares con dátiles y nubes.
Se ríe con los pies, todo él se ríe.
En un ebrio equilibrio va deshojando pasos,
rebaños de palabras suelta a triscar su lengua.
Avaros padre y madre siguen contando su tesoro:
dos cejas y dos ojos,
dos brazos y dos piernas.
Una.... dos.... Uno.... dos.... ¡nada!
Falló la matemática!
Se rompió la cadena.
Ay, qué error de la especie.
Ay, qué olvido de piedra.
Naturaleza estaba distraída:
¡faltan las glandulillas de cristal!

Tragedia, una tragedia.
Estallan carne y sangre,
vida y amor estallan.
Por qué este espejo negro?
Por qué este Fidias mútilo?
Por qué esta afrenta a la pobreza blanca?

Ante un retablo lazarino
llevan al ángel de alas rotas.
De madre a madre se hace la amarga confidencia,
el terrible reclamo....

Míralo, madre, míralo.
Me ha costado mil vidas,
por él diera mil muertes.
Con el cincel del corazón, activa,
en mármol lo esculpí de mis entrañas.
Con cuál de tus artistas me asemejas?
Míralo, madre. Es bello como el tuyo.
Mas míra acá..... qué ausencia,
qué desierto. Mi hijo sería así
como un Cid derrotado,
un piloto sin brazos,
un nuevo Prometeo del instinto.

Míra acá.... qué vacío y qué estuche sin joyas.
De madre a madre te hablo. Qué será de mi raza,
de la prolongación de mis virtudes?
El milagro en tus manos florece y yo lo toco.
Házlo, madre, házlo, madre, por esta abuela fracasada.
Míra a tu hijo cómo es perfecto.
A esa armonía de tréboles y astros no le falta un acorde.
El mío es una angustia,
un grito, un alarido.
Por verlo, por oírlo,
mi deseo de chispas,
mis metálicas ansias,

son los culpables de esta llama helada,
de esta música muda,
de este varón ausente.
El pequeño jugaba con los ángeles
y por correr a mi llamado,
al clamor de mi sangre,
se ha dejado olvidadas sus glandulillas de cristal....

El silencio segaba la esperanza
y fundía el milagro.
Yacían las palabras sin colores
y, trágica, la fe se desangraba.
La madre de la tierra desafiaba a la madre de los cielos.
Cómo aullaba el silencio.

Pero el lienzo se anima
y una metamorfósis de colores
escarlata los torna.
Hay sangre, corre sangre,
el tejido es de venas.
Se estremecen las líneas, saltan, gritan.
De repente la diestra de la Virgen refulge,
cobra vida, se sale de la tela,
y en un vuelo cordial de cinco plumas,
cae sobre el Dios-Niño:
le arranca las dos uvas genésicas — cirujana divina —
y en el nido minúsculo del niño proletario,
coloca sabiamente,
pone artísticamente — cual si montara dos diamantes —
las glandulillas de cristal.

LA AMAZONA DEL VIENTO



3

HURACANES cautivos, las hélices, envuelven
las serpentinas de oro de la mañana, el aire
se hace trizas al soplo de la máquina aérea
que, como Atlas metálico, en sus cinéreas alas
cargar parece, humilde,
la bóveda celeste.

Cual de la tierra huyendo, los Icaros modernos
llegan, aventureros, a la nave nostálgica.
De pronto el brillo nuevo de las alas se enciende
y una azul melodía a los cilindros pasa,
porque al avión ha entrado
mi rosa de los vientos.

Mi rosa de los vientos va montada en el viento.

En la altura su mano borrosa, llora nieve:
el águila de encajes de pico y uñas rojos,
dice adiós al oscuro gusano que la exalta,
y en los fríos cristales de la nave, buscando
su mano, impreso queda,
como un lis, mi sollozo.

Mi rosa de los vientos va montada en el viento.

Escuadrones de nubes, abríd pasa a la Amada,
hijas del sol, Heliades, inclináos que alígera,
mi rosa de los vientos va montada en el viento!

Amazona del viento! Catedrales de rosas
levanté a la divina majestad de tu cuerpo
bajo el temblor azúleo de las estrellas rojas.

En cuál selva dormida se incrustó tu suspiro,
señora de las nubes,
astro de mi silencio?

Yo fuí vino, tú copa: yo brizna, tú universo.
Yo ardí en el pebetero de tu vedada boca,
quemé en tí las orobias de mi hastío selecto.

En qué mares oscuros cayó tu risa muerta,
domadora de nubes,
flauta de mi amargura?

Mi corazón rugía sobre tus manos finas,
el tuyo se quejaba en mis ramos de besos,
una esclava, la noche, te creía la aurora.

En qué valles morados viste mi sombra herida,
diamante de las nubes,
cicatriz de mi pecho?

En la tierra no hay nada, está todo en el viento,
mi rosa de los vientos va montada en el viento.

EL CIUDADANO

4

I

APRISIONARTE quiero, ciudad nueva,
no en mis brazos, en la cadena de una oda bárbara,
en estos versos, como tú sin espíritu,
desquebrajados, inútiles y fútiles
como tú, paraíso de la monotonía y del hartazgo.

Eres la ciudad miope y sorda, pero blanca y bella
como una mujer desnuda. Eres la ciudad sin entrañas,
sin espiritualidad, sin ensueño, sin pasado.
Tu porvenir lo señaló el índice grotesco

de Sancho, tu padre y señor. No miras
al futuro de las urbes inmortales,
porque tienes los ojos puestos en el Hoy, como un gastrónomo,
como cualquiera de tus mil y un gastrónomos.

Pero eres brillante como la caja del sol.

Eres la inhóspite ciudad donde hasta Helios
cobra a precio de oro el kilowatio.
Eres la burguesía constituída y edificada:
ahorcaste a Apolo un día
y a Como elevaste la mejor de tus astatuas.
Hasta Bolívar — erigido a base de limosnas —
en medio de su círculo de árboles, olorosos a incienso,
ha pensado bajar de su caballo
y dedicarse al agio como un mortal cualquiera.

Eres la ciudad sin cerebro, pero ventripotente,
aún más que tus ventripotentes y calvos feligreses.
Custodiada por ásperas montañas,
has de morir un día, borracha de gasolina y oraciones
y ahita de cemento.

¡Yo he de cantar tu miserere,
tu miserere de cemento armado!

Tú no perdonas, ciudad blanca, ciudad nueva,
el divino pecado del talento:
soñar, cantar, reír, en tu regazo,
es arrojar margaritas a los cerdos.
Tú te duermes con una sinfonía:
Entre Ford y Beethoven, te llevas al mecánico creso.
Das puntapiés a quien te nombra a Virgilio
y te avergüenzas de un desnudo en mármol.

Pero eres luminosa como el palacio del sol
y silenciosa como una pobre aldea.

Eres brutal y ceñuda como la babilonia yanqui
y no eres sonriente como Lutecia divina,
porque tu rol en la comedia humana,
es roncar y rugir como una bestia.
Si Tebas fue levantada con las armonías
de la lira de Anfión, tus muros fueron construídos
con los rezos de lánguidos patriarcas.

No te digo que no tienes alma,
porque en verdad la tienes, pero es un alma de cemento armado.
Si otra ciudad como blasón ostenta
ser el sepulcro del Divino Loco,
tú eres la cuna de Tartufo,
o la ciudad donde él mejor viviera.

Ya estás aprisionada, ciudad mía,
en la cadena de esta oda bárbara,
en la cadena de estos versos ríspidos,
desquebrajados, inútiles y fatuos,
como tú, ciudad nueva, luminosa como la caja del sol,
blanca y bella como una mujer desnuda
y silenciosa como una pobre aldea.

II

Rey del absurdo, vengo
— roto el manto —
del dorado país de la locura,
precedido por los enanos del odio,
con una sonrisa difunta en los labios.
Rey del absurdo, adorno
mi roto manto con mi canto.

En las estepas rojas dejé mi alma brava
orlada de astrosías.
Metáforas de estrellas
embellecieron mis andanzas sin norte.
y mi hastío hamletiano
lucí en mi diestra lenta como un "regente" monstruoso.

¡Rimbaud, Rimbaud, fuiste mi camarada,
oh, tú Judío errante de los genios!

Como bestias hambrientas
en la selva de rascacielos de las grandes ciudades
me devoraron las mujeres.
Pero tengo el alma poblada de arcángeles rojos,
los ojos llenos de paisajes rojos,
las manos erizadas de cuchillos rojos.

Yo, todo, soy como un relámpago sangriento,
entre estos pelafustanes sin mollera,
en esta charca de ranas habladoras,
en medio de estos vientres eruditos,
en donde la risa es un crimen
y el talento una úlcera.

No aplaudirá mi danza Sancho Panza
y no será su vino para mis odres nuevos.

Apoto? No. Beodo, beodo, beodo,
para que rabien los apóstoles
del agua mineral.
Gracias al vino, al vino
que es el lastre del motor de la vida,
cuando la tierra quema mis plantas,
— huésped del azul — toda la noche muevo
mi máquina de ensueños,
y alto, muy alto, subo en evasión libertadora,
a mi tertulia planetaria
a hablar mal de la tierra.

Y bajo con el sol, como un Dios ebrio

Caigo otra vez a la urbe-madriguera,
a este desierto de cemento,
a esta pradera de asfalto,
rotas las alas, roto el gobernalle,
rota la zampoña de oro,
mi millonaria zampoña de oro.

Hé aquí el valor de mi espíritu:
cantar en donde el canto es un espanto,
cantar en donde gritan como bestias,
cantar en donde asesinaron la Alegría,
cantar entre feriantes,
entre cambistas,
entre bausanes,
entre bigardos,
entre urbanistas:
entre millonarios con hambre y taparrabo,
entre moralistas pederastas:
entre desvergonzados políticos que exhiben
las llagas de su amor a la patria,
para vender la patria;
entre farsantes sin ideas....
Quién tuvo alguna idea?
Un país sin ideas es como una madre con los pechos gangrenados.

No aplaudirá mi danza Sancho Panza
y no será su vino para mis odres nuevos.

Rey del absurdo, vivo
sin saber cómo vivo, dando apretones de manos
a cambio de zarpazos:
sonrisas a trueque de frémitos,
rosas por guijarros,
astros por cerillas.
Pero mi nave aérea consuela mis hartazgos.

Y en el parque de mi muerte
se congelará — cristales rojos —
el llanto de las estatuas.

LA NEGRA DEL NUS

5

I

CONTIGO la vida, Negra,
es blanca, Negra, muy blanca.

Entras al río sonoro
tras el oro, firme y muda,
y sobre tapiz de oro
rugiendo el Nus, te desnuda.

Gira.... gira.... el disco burdo
en tu mano enlutecida,
y a poco brilla el absurdo
metal que infamó la vida.

Tiemblan al negro, sin velos,
tus charolados racimos,
catedrática de celos,
embajadora de mimos.

Eres tú en mis paraísos
con tu recia arquitectura,
como una Giralda obscura
entre un rumor de narcisos.

Y son mis faunescas brasas
más rojas cuando te veo,
y se doblega el deseo,
como un junco, cuando pasas.

El Nus a tu cuerpo arranca
negra música que alegra.
Contigo la vida, Negra,
es blanca, Negra, muy blanca.

II

Ya sin tí, Negra, la vida,
es negra, Negra, muy negra.

Tu pelo — trigo arisnegro —
que consagro y reverencio,
flota sobre mi silencio
como un horizonte negro.

Cuando me anidé en tus brazos
yo tuve en ritmos salvajes,
caricias como zarpazos
y besos como tatuajes.

Desde la orilla albinegra
de tus sonrisas, agito
como un pañuelo marchito,
mi desesperanza negra.

Tú fuiste en el Nus dorado
para el amor que padezco,
un ónice gigantesco
sobre cristales clavado.

Negra, de negro absoluto,
saturada de acres gomas,
mi corazón, como un fruto,
te envío para que comas.

Tu recuerdo obscuro integra
mi pasión aridecida.
Ya sin tí, Negra, la vida,
es negra, Negra, muy negra.

GRITOS PARA ORIENTAR UN DISPARO

6

SE me raja el silencio como un muro leproso,
se me raja el silencio que padezco. Las palabras
se paran en las puntas de mis cabellos
y me gritan: ¡cobarde!
Mis ojos son dos fosos de rebeldías acorraladas.
Tengo la sensación de que soy un ofidio conservado en un frasco.

Me voy. Nadie me siga.
He sufrido diez siglos y he gozado un minuto:
la noche que sostuve el cielo con mis párpados.
Harto estoy de las almas simples de mis burdos vecinos
y de la virtud de estas buenas mujeres.

Mi bandera de lodo llevaré a todas partes,
como un desafío a la blancura,
o como un rojo reto a la fácil línea recta.

Me voy. El mar me atrae como una mujer brava.
Quiero ver otras montañas agresivas,
a las que pueda oír alzarse como brazos amenazantes.
Estas montañas mías, tan mansas,
se hunden todos los días;
este mi cielo es falso como los cielos de Hollywood.

Me voy. Nadie me siga. Ni siquiera mi sombra.
Voy a enseñar hastío a jocundos países,
en donde se me tenga como el monstruo del día,
en donde nunca sepan que toleré regímenes a base de mentiras.

Me voy solo. Más solo que un amigo entre amigos.
Coseré con alambre mi boca hasta que llegue
al lugar donde pueda desnudar mis palabras,
perfumar mis palabras con la idea recóndita
que cual úlcera escondo, que amamanto hace tiempos.
Allí diré a las gentes lo que jamás a las gentes
de mi país les dije, porque eran malas gentes.
Seré el hombre que dijo la verdad verdadera.

Gritaré: — La tierra de mi tierra
pare, por cada hora, toneladas de oro,

torrentes de petróleo,
océanos de oro negro,
y hay mujeres que duermen en colchones de piedra;
niños que de hambre muerden los pezones maternos,
mamando sangre, sangre descolorida,
y labriegos que no tienen una gota de aceite
para la viuda lámpara,
mientras las torres altas,
escupen a los cielos sus óleos pestilentes.

Han escondido el pan los potentados:
se lo comen sus perros,
mientras los niños se van quedando muertos.
Los caballos de raza
en pesebres fastuosos
hartos de azúcar y de avena,
hacen su digestión de millonarios.
La guillotina del hambre
está en acción desde el sol hasta la noche.
La bandera del hambre ondea en todas partes.

Pero en cambio, los otros, los extranjeros, duermen
con las mujeres más guapas de mi tierra
y a patadas nos mandan a pequeños y a grandes.
Porque ellos son los dueños del aire, del oro,
de la plata, del café, del petróleo y de las vírgenes.

La tierra de mi tierra se vendió al advenedizo,
sobre un lecho de oro de gasolina perfumado,

quien después de gozarla le arrancó las entrañas:
en donde el oro brilla y el petróleo apesta,
allí cae el fantasma de vellos amarillos
y patas apostólicas.

Gritaré: — Al abordaje, hermanos!
De Berlín y de Roma viene la peste con su camisa obscura.
Dos déspotas — casi hombres — cazan países y conciencias
y hacen que el pueblo lama
sus sandalias imperialistas,
saturadas de sales de mentirosa democracia.
Sobre las espaldas del pueblo anestesiado
se oye su rejo jupiteriano.

Benito, es profesor de crímenes, de postulados bárbaros,
amparado por una corona, famosa por lo inútil.
Es el César de palo, el muñeco de goma
que chilla si le aprietan el ombligo.
Adolfo, el epileptoide, amordazó el derecho y el espíritu libre.

La tempestad del castigo se cierne sobre su alma.
En cada corazón humano hay un cuchillo
listo a entrar en el suyo.
Nunca en otras entrañas se cuajó una existencia
más trágica, más negra. Ese hombre nació muerto.

Y llevado por estos incendiarios del mundo,
el traidor de España, como niño terrible,
les paga sus caramelos de dinamita,
con cadáveres de hermanos,
con el corazón de su madre.

¡Benito, Adolfo, "el otro"!
Son ellos el tríptico fatídico de la Europa decadente,
de esa Europa corrompida,
a quien América algún día enseñará a ser fuerte.
¡Ojo a ellos, hermanos! Que ellos son los modernos jinetes
en este negro paisaje apocalíptico!

Gritaré: — En los jardines de España
— rosas desgarradas, magnolias cadavéricas —
un surtidor de sangre apunta a las estrellas.
De gusanos heroicos, hierven las heridas de las trincheras
y los corazones de tierra laten como motores nuevos.
Abofeteando al cielo musical, los pájaros dementes
de la destrucción, dejan caer sus huevos de pólvora
sobre escuelas y hospitales,
quemando urnas de vientres grávidos,
rompiendo gajos de niños azules.

¡Si los vieras, Señor don Quijote
qué de luchas libraras con ellos!
¡Métete al sótano, Goya,

métete al sótano, Greco!
La máscara antigás pónte Miguel de Cervantes Saavedra.

¡Alas! ¡Alas! Alas del hombre, idea de diamante
clavada en el cerebro de Leonardo!!
Alas! Alas! Las alas de la muerte
desprestigiando las alas de las aves.
Las alas eran antes para conquistar el cielo,
para sublimizar la vida,
ahora son para matar.
Pirotecnia homicida del vuelo que no es vuelo,
cómo diviertes a la humanidad.

Es la espada contra el derecho,
la ambición contra la ley,
la ignorancia contra la cultura,
contra el día la noche,
la mudez contra el verbo,
la raída camisa trágica
contra el trapo encendido de la libertad.

Gritaré: — Las máquinas de guerra! Las guerras
son el negocio más fabuloso hoy en día:
Por cada mil cadáveres que al patrio suelo caen,
los fabricantes de armas reciben mil millones
de dólares sangrientos.

No hay mejor mercancía
que un patriota borracho de discursos imbéciles.
La muerte es una industria de fabulosos éxitos.

La mano encallecida del eterno oprimido
que construyó una máquina de guerra, destrúyala,
porque la han hecho sólo
para matarlo a él mismo,
para matar sus hijos,
con la carnada de la defensa nacional.

Gritaré: — Brazos que estáis cruzados,
levantad bien los puños
y romped los cristales de vuestras pocilgas pávidas,
muy distintas, por cierto,
de los palacios donde duermen los Lavales siniestros.

Se ha desatado la tormenta.
Los hombres comen hombres
y el hambre compra hombres.
Es la voz de la sangre la que escucháis, hermanos.

Niños sin alegría: en los escaparates están vuestros juguetes,
yo os los regalo todos a cambio de una risa.
No hay tragedia más grande
que un niño contemplando el juguete imposible
de un niño potentado.

¡A jugar, niños pobres,
que más que el pan dan vida los juguetes
¡A comer, bocas pálidas!
No temáis, que yo he hecho
de este gran corazón la mejor barricada.
A comer todo el mundo! A reír todo el mundo!
Risa y pan serán de todos cuando todos sean hombres,
cuando no haya esclavos.
Encended los motores del odio
y hostias de viento sean las hélices de vuestros corazones.

Y,
— arriba en las alturas libérrimas —
gritad también conmigo: — Vivan el odio, el hambre, la venganza,
la desesperación humana,
vivan la viuda lámpara y los lechos de piedra.

Y,
abajo los conquistadores de pueblos,
los dictadores de opereta,
los ambiciosos generalotes,
los amos espectaculares,
los que venden la sangre de las masas a centavo la gota.
Y,
abajo la sandalia de patas apostólicas
y los que viven de la muerte!

....Ya no me voy. Me quedo con vosotros
comiendo con vosotros ese pan que se os roba,

bebiendo con vosotros ese vino que os falta,
¡sangrando con vosotros!
Cantando con vosotros ese dolor que asoma
a vuestros labios secos como una llamarada.

Ya no me voy. Me quedo con vuestro desamparo.
Siendo yo niño, el hambre
me montó en sus rodillas y me enseñó a cantar.
Me quedo con vosotros. Se ha rajado el silencio
en una sinfonía de gritos libertarios,
de santa y grande rebeldía.
Aquí estoy con vosotros, con los puños en alto
igual que dos columnas gigantescas.

INDICE

CANCIONES:

Se terminó la impresión del libro

IMPETU

de

CIRO MENDIA

El 10 de Octubre de 1942, en los talleres de la

TIPOGRAFIA FOTOCLUB

Carrera Bolívar No. 51-65

Medellín - Colombia